



EDITORIAL

Un año de lucha ha pasado y no sabemos el tiempo que nos queda. Todo hace suponer que quizás pase otro año, o aún más. Es seguro que ni los *justos* varones del Comité de "sí" intervención serán capaces de decir el tiempo que nos queda de guerra. Pero a los trabajadores no es el tiempo lo que nos interesa, hay razones más poderosas que hacen a la masa proletaria volver la vista al camino recorrido, sobre todo cuando con la velocidad en aceleración constante se ha caminado sin descanso durante doce meses.

La guerra es difícil de representar en una vista panorámica, pero las consecuencias y enseñanzas son tan fuertes que han quedado grabadas con el buril de los hechos muy profundamente, cual surcos de arado que indelebles quedan en la tierra.

El balance es favorable. El superávit, fantástico, nos permite augurar una liquidación victoriosa que redundará en beneficio de todos los trabajadores del mundo.

En nuestra fábrica se han sentido desde el primer día las sacudidas de esta conmoción histórica, y no es difícil prever que un futuro no lejano nos ponga en condiciones de trabajar con todo éxito en beneficio de la Causa Antifascista.

Los más variados objetos que nuestro Ejército necesita han sido contruídos en nuestros talleres. Primero, coches blindados, contruídos en medio del fragor de la pelea, en los que todos poníamos nuestro entusiasmo; creíamos que el enemigo sucumbiría al empuje de nuestros artefactos de guerra. Pero el enemigo tenía estos elementos de diferente procedencia que el ejército leal. Ellos, a falta del entusiasmo que nosotros poníamos en la construcción de los elementos de combate, tenían ya prevista la venta del territorio español para que, a cambio de los productos de nuestro suelo, les dieran las armas necesarias para implantar en España un régimen de terror.

Pronto hubimos de cambiar la ruta, e ir cediendo paso a la realidad de los hechos; la organización del trabajo, que hasta la fecha no es una realidad oficial, fué impuesta en nuestra fábrica ante el desarrollo de la lucha, en la que el fascismo quería a todo trance apoderarse de la Capital de la República.

Los trabajadores de Comercial se desplegaron y formaron un frente de trabajo en el que con un solo fin cubrían dos necesidades, las de nuestro ejército y la natural de nuestras propias necesidades económicas, pudiendo con esto no grabar al Gobierno, que harto tenía con todos los problemas bélicos, para ocuparse de las necesidades de los trabajadores.

Estas dos necesidades han sido cumplidas en toda su amplitud. La fábrica ha contruído en un año, o mejor dicho, desde febrero acá, todo cuanto se nos ha encomendado e incluso aquellas cosas que nosotros suponíamos habian de hacer falta en el frente, con tal diversidad, que, desde mecheros, hachas, thermos, camas, máquinas de cargar cintas de ametralladoras y reparación de coches, puede decirse sin petulancia que La Comercial de Hierros ha marcado la pauta a seguir en la transformación de la industria madrileña en fábricas similares a la nuestra haciendo dejación de los intereses que esta industria tenía, porque la firmeza de nuestra fe revolucionaria ha hecho olvidar nuestros propios intereses, poniendo todo nuestro saber al servicio de la guerra.

Durante el año que ha pasado, los trabajadores de Madrid no han tenido descanso. Quien ha llegado a Comercial con iniciativa que tenía por fin llegar a poner en manos de nuestros soldados elementos ventajosos para la lucha, ha encontrado las puertas francamente abiertas y sin ninguna restricción. Materiales, máquinas y trabajadores, han sido y son instrumentos del Ejército de la República, y hoy, repasando el espacio recorrido, nuestra conciencia está satisfecha de no haber regateado ningún esfuerzo que se nos haya pedido.

Ahora bien, ¿nuestra satisfacción nos ciega para el futuro? ¿Todo cuanto esta fábrica ha hecho es lo que debiera hacer? No. Esta rotunda negativa es la enseñanza que sacamos de un año de lucha.

Hoy nos encontramos en la fábrica sin materias primas, y es absurdo pensar que este estado actual sea motivado por el exceso de producción durante doce meses. Las consecuencias hay que buscarlas entre lo acontecido en el año de que nos ocupamos.

Quizá la imprevisión haya sido uno de los factores que más han influido en que hoy sea general la carencia de material. Puede ser que el ánimo de quienes tenían la obligación de prever este estado actual, haya sido coaccionado por las reuniones de tanto Comité, Sociedad de Naciones y demás "valedores" de nuestra causa, que parecían traernos la solución de la guerra en sus célebres reuniones, tan elásticas en los aplazamientos como crueles en sus resultados, y esta imprevisión es la enseñanza que en el orden económico sacamos de este primer año de guerra.

"Nadie escarmienta en cabeza ajena", dice el adagio popular; por esto es necesario que seamos previsores y no nos dejemos engañar por la victoria de hoy, ni aun por la de mañana, sino que interpretemos el principio biológico de que vivir es luchar, y quien más largo viva será el vencedor.

HOY

Madrid - Julio 1937 - Núm. 4

Portavoz de COMERCIAL DE HIERROS - INCAUTADA POR EL ESTADO

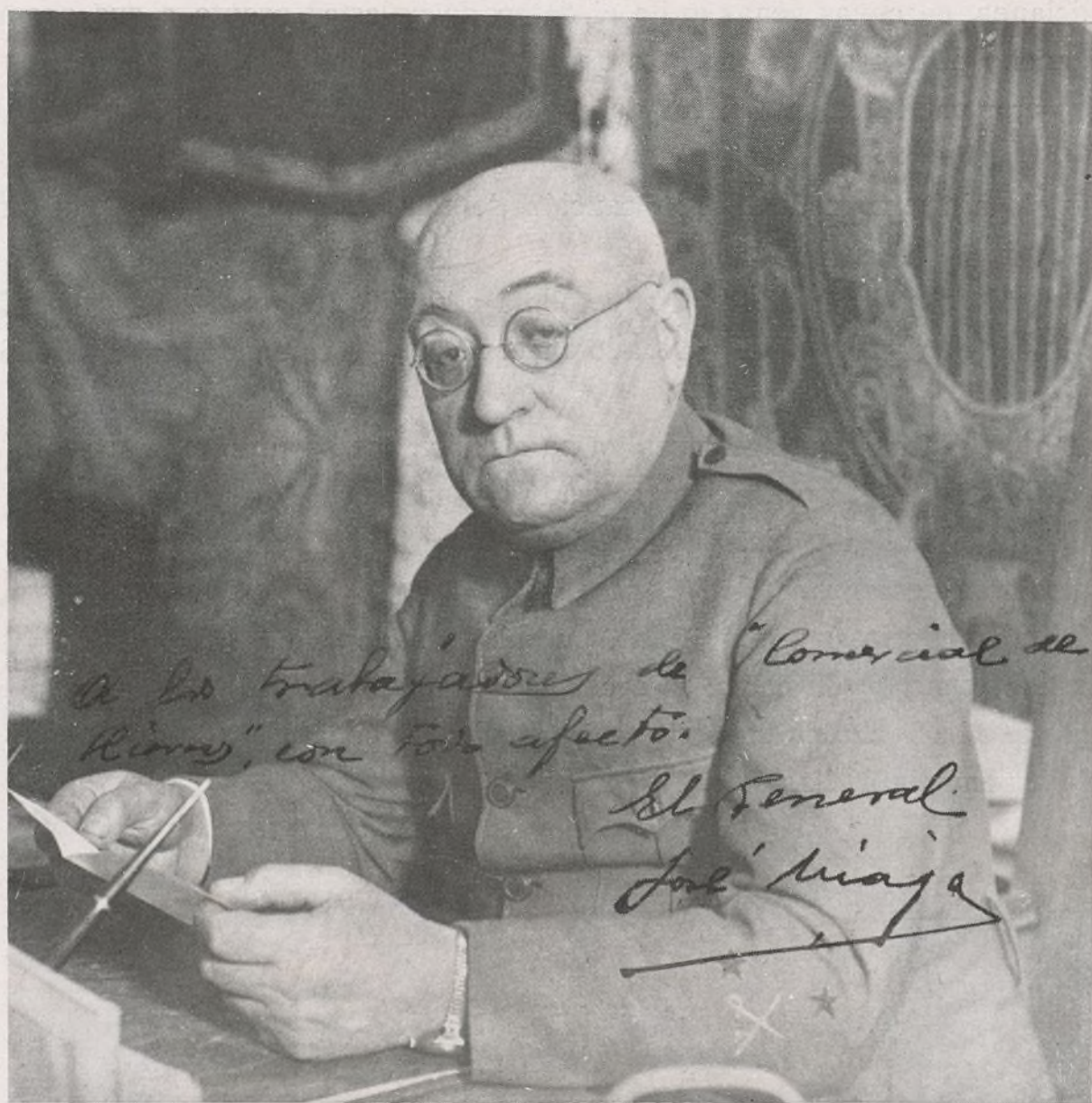
MENDEZ ALVARO 104 - TEL. 71520

Hombres para la historia

Cuando el cañón, en retumbar postrero,
nos proclame ante el mundo vencedores
y quede nuestro invicto suelo lbero
vacio de traición y de invasores;
cuando detenga el fuego su carrera,
y termine el horror de la metralla,
y acabe el no vivir de la trinchera;
cuando cese el clamor de la batalla...
y recobre la paz su jerarquía,
y regrese a los campos la belleza,
y vuelva a las ciudades la alegría,
y acabe en los hogares la tristeza;
cuando quede la guerra en el pasado
y el tiempo recopile la memoria
de la inmensa epopeya en el orlado
infolio inapelable de la historia,
y lloren de vergüenza los que huyeron,
y tiemblen de temor los que medraron,

y acaben de reír los que rieron,
y dejen de llorar los que lloraron...
En fin, cuando los nombres inmortales
de aquellos que a la patria fueron fieles,
en la posteridad coloquen los puntales
de su ejemplo, ceñidos de laureles...
La admiración mundial, emocionada,
hacia Madrid volviendo la mirada,
contemplará en la heroica resistencia
de la Villa gloriosa y laureada
el triunfo de la Hispana independencia
seguido a su magnífico renombre,
sin menor esplendor ni más ventaja,
la firmeza patriótica del hombre
que el honor defendiendo de su nombre
dió a Madrid la Victoria: José Miaja.

R. S.



Nuestro ejército



Condensar en un artículo la evolución de nuestro Ejército, y en particular de la Infantería, es cosa imposible, ya que toda ella es el resultado de un paciente ajuste de los detalles de índole orgánica. Para ello habría que escribir volúmenes y más volúmenes. Sin embargo, en línea general, sí puede hablarse algo sobre la evolución de nuestro arma.

Lo que salta a la vista del observador de retaguardia y le entusiasma, es la uniformidad de las actuales Brigadas. Las filas bien alineadas de los Batallones, marcando el paso y con el armamento al completo, infunden confianza en el pueblo y hace que éste se sienta defendido, no por una legión de «individualidades revolucionarias», sino por una gran «masa» combativa, obediente a un mando único y al servicio de una voluntad única: la del pueblo antifascista.

Al decir legión de «individualidades» revolucionarias, me quiero referir a las antiguas gloriosas Milicias, porque aquéllas, por estar integradas por activistas del antifascismo—pertenecientes o no a los partidos de vanguardia, no importa—, a pesar de ser individualidades, supieron imponerse la disciplina y crear la forma de organización que más convenía a las circunstancias.

La gran «masa» combativa, el Ejército de hoy, es la consecuencia lógica de la elevación del nivel comprensivo de nuestros soldados y del papel que juegan en la lucha contra el opresor.

Quien haya visto a las columnas que oponían sus pechos desnudos y los escasos fusiles a la invasión de las hordas facciosas, no reconocería en los modernos soldados a los milicianos de Buitrago y del Alto del León.

Honda transformación se ha operado en la estrategia y en la táctica, hoy verdadera estrategia y táctica de la guerra moderna.

Ya es la guerra de trinchera, que no admite impulsos, aunque generosos, de grupos, sino que exige como condición para la victoria la paciencia y el método.

Aquellos milicianos, en cuyas venas ardía el deseo de aplastar pronto a sus enemigos, y que no podían pasarse mucho tiempo sin atacar y se exponían a ser el blanco de los máuseres robados al pueblo, hoy saben esperar pacientemente la voz del mando, aunque para ello tengan que hacer un nudo con los nervios.

A los avances sin ninguna medida de precaución, se han sucedido los despliegues cautelosos, según la más moderna táctica.

La persecución en masa del enemigo, que exponía a repliegues forzosos a causa de la pérdida de contacto con las líneas de reservas, se ha trocado en el avance escalonado de TODAS las líneas que constituyen un frente.

Las máquinas automáticas no se emplazan ya para cubrir a un grupo o a una columna, sino según requieran las necesidades de una operación realizada por cuerpos de ejército.

Organización, ciencia bélica y disciplina en la vanguardia; organización, disciplina y perfeccionamiento de las fuerzas en descanso.

De aquellas Milicias gloriosas y abnegadas, que han llenado de heroísmo las páginas de nuestra Historia por la Libertad, ya no queda nada; es decir, sí queda: LA CONCIENCIA del por qué luchan. Ese es el elemento que ha hecho posible construir un Ejército poderoso en medio del fragor de las armas y del sabotaje de los enemigos disfrazados de amigos.

VALENTÍN GONZÁLEZ («El Campesino»)



Ayuntamiento de Madrid

Ventajas de la guerra

No temas, camarada lector, encontrarte con un panegirista de la guerra, ni creas que voy a tratar de justificar con ventajas imaginarias lo que no tiene justificación posible. Ocurre sencillamente que, aprovechando unas lecciones de optimismo que hace algún tiempo recibí por correspondencia, hago como aquel personaje sainetesco que, después de haber perdido una pierna en un atropello de automóvil, se consideraba feliz porque le había quedado la otra. Algo de esto es lo que me ocurre, aunque yo puedo considerarme aún más feliz, pues conservo las dos.

Pero vamos al asunto: muchos y graves inconvenientes y perjuicios nos acarrea la guerra; pero, ¿te has parado a considerar la gran fuente de conocimientos e iniciativas que en cambio representa? ¡Hazlo y verás! Es indudable que la reciente invasión italiana ha hecho posible que mucha gente se enterara de la existencia de un país llamado Abisinia, y aunque quedan muchos que creen que simultáneamente invadió otro llamado Etiopía, no falta quien ha llegado a enterarse hasta de su situación en el globo.

La actual guerra, que en muchas partes habrá servido para que se enteren de que en el país donde se «crían» los toreros y las panderetas también hay hombres capaces de luchar por un ideal contra las armas más poderosas que se conocen, también a los españoles, y principalmente a los madrileños, nos ha deparado la oportunidad de aprender cosas desconocidas y de descubrir verdaderos misterios en todos los órdenes de la vida.

Cualquier chaval de barrios bajos, por ejemplo, está ahora a la altura de la mayor autoridad de aviación, pues conoce la diferencia que existe entre un trimotor y un «caza», y distingue a 6.000 metros de altura un «Caproni» de un «Heinckel» o un «Potez» de un «Fiat», estando lo suficientemente «documentado» para reírse ante los trucos de las películas de aviación que antes nos ponían los pelos de punta.

No es difícil tampoco hallar en plena vía pública, ante la contemplación de las ruinas de una casa o del embudo en el pavimento, al señor gordo que, con «pose» de conocedor, concreta el calibre del obús que ha producido la catástrofe, o el peso exacto de la bomba que hizo el embudo.

Los que tenemos la «suerte» de vivir cerca de los frentes llegamos a mucho más. Desde la cama, medio dormidos, podemos precisar si la ametralladora que «canta» es alemana o es «de las nuestras», sin que tampoco tengan secretos para nosotros los distintos ruidos de explosiones que, sin duda de ningún género, catalogamos como de bomba de mano, mortero, obús o voladura.

Pero quizás donde mayor perfección hemos conseguido en nuestro avance «cultural» ha sido en el arte culinario. El amita de casa más bisoña y lerda, que antes sólo sabía hartarnos de huevos fritos, nos prepara ahora «excelentes» guisos a base de vainas de habas, o nos hace una succulenta paella, que sólo se parece al clásico manjar valenciano en los granos de arroz.

Y no hablemos de las tortillas de jamón que a veces pueden adquirirse en la calle, y que son verdaderos prodigios de magia, pues no tienen ni huevo, ni patata, ni jamón.

Ventaja que no puede dejar de considerarse con la importancia que tiene, es la oportunidad que la guerra nos ha brindado de poder clasificar a nuestras amistades. Gracias a ella hemos podido comprobar que el «amigo» propagandista y defensor de la fraternidad, que al irse a Valencia nos prometió enviarnos de todo lo que encontrara, nos ha olvidado hasta el extremo de no saberse si llegó con bien.

Hemos podido «catalogar» a aquel otro que para que le cediéramos algunas patatas nos ofrecía amistad eterna..., hasta que recibió huevos del pueblo y ya no nos saluda. Hemos conocido también al «amigo del alma» que, quitándose el, nos cede parte del vino que le ha mandado su abuela y que le pagamos a peso de oro, hasta que averiguamos que lo compone él en su propia casa con ingredientes de la droguería de la esquina.

Merced también a la guerra, hemos podido enterarnos de que existen medios de transporte realmente misteriosos e invisibles, al par que costosísimos, y que gracias a estos medios las mantas de Palencia alcanzan precios extraordinarios «porque acaban de llegar».

Miles y miles de enseñanzas que han de sernos utilísimas en el resto de nuestra vida hemos adquirido en este año de intenso vivir. Lo único que todavía no sabemos, es quién inventó el arroz... ¡¡¡Y es que si lo supiéramos!!!...

MINGOTE

CARAS BLINDADAS

*Su Santidad Pío XI.
Señor: estoy convencido
de que el grave protocolo
del Estado Pontificio
no admite cartas abiertas
de pecadores satíricos;
mas es vuestro proceder,
por elogiable, tan digno
de ser en toda ocasión
proclamado y difundido,
que, a servir desde mis medios
su divulgación me obligo,
a la sombra de mi musa
y a golpe de pluma y ripio.*

*Permitidme que, ante todo,
reconozca conmovido
la humildad y la pobreza
que adornan vuestro retiro...
¡Qué equivocados están
los que dicen descreídos,
que usáis sillón de brillantes
y lucís valioso anillo
y vais a Castegandolfo
sobre un catorce cilindros...!
¡Qué santa vuestra conducta
ante el español conflicto,
y qué gratitud tan grande
halla en mi pecho latido
al mirar emocionado
cómo corréis en auxilio
de esas pobres criaturas
inocentes, que entre gritos
de horror, caen ametralladas
sobre nuestro suelo invicto!
¡Qué acertada propaganda
la que hacen del cristianismo
esas encíclicas llenas
de piadosos adjetivos
que santifican «in primis»,
con solemnidad de rito,
a los que se alzan en armas
en nombre del Crucifijo
y en contra de aquellos pueblos
que cometen el delito
de pedir pan y trabajo
y querer paz y prestigio!*

*Tan eminentes virtudes,
señor, hallarán divino
y eterno premio en el cielo
por los siglos de los siglos...
Allí estaréis rodeado
de frailes, curas y obispos,
¡que Dios tiene gran paciencia
y cuenta con mucho sitio!
Perdonad, señor, en tanto
a este firmante sumiso,
que pide vuestra indulgencia
al poner punto en lo dicho.*

TARUGO

La bandera de La Comercial

Mayo. Hombres de retaguardia, soldados del ejército de producción, acuerdan, en Asamblea celebrada en la fábrica de Comercial apadrinar a sus camaradas de la Primera Brigada Móvil de Choque, héroes entre los héroes. Como consecuencia inmediata de esto, surge la idea de regalarles una bandera, que sea en todo momento su representación espiritual entre estos valientes.

29 junio. El acto de entrega de la enseña, que podía ser extraordinariamente sencillo, sirve de pretexto para proporcionar unas horas agradables a los hombres que están a punto de salir al campo a pasearla en triunfo, a cosechar nuevas victorias.

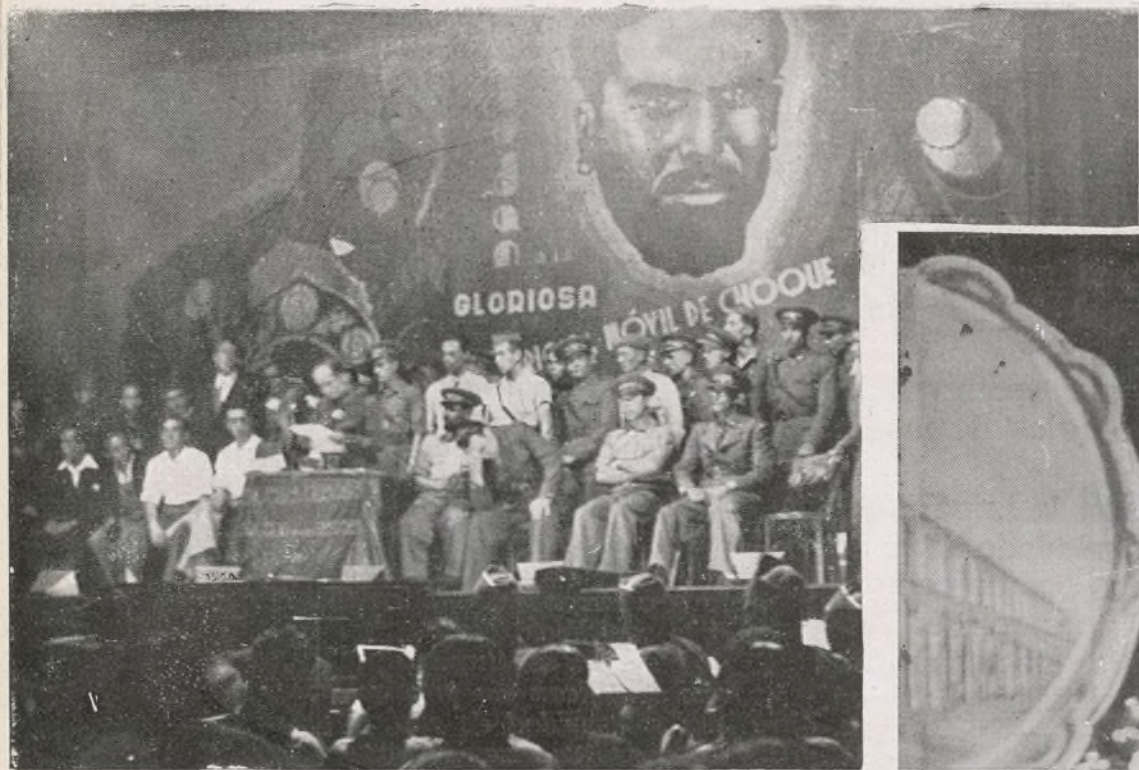
Se han juntado los hombres de la fábrica y sus camaradas de la trinchera. Héroes del pueblo, ya populares, representantes del Comisariado de guerra, de organizaciones políticas y sindicales, enviados de otras fábricas, contribuyen con su presencia a la brillantez del acto, que tan claro habla de la estrecha unión entre todos los que componemos nuestra España.

El programa lo constituye la proyección de interesantes películas, seguida de diferentes números de variedades. Un público ajeno a «nuestra fiesta» habría preferido la parte a cargo de artistas profesionales; nosotros vimos con mayor agrado la representada por el cuadro artístico de la Brigada, que con desenvoltura y arte ejecutó varias canciones escenificadas bajo la dirección del profesor Chelo y el enciclopédico Navarro (autor, bailarín, actor, comisario).

Tras breve descanso se procede al acto de entrega de la bandera, que tuvo lugar en el escenario, donde se encontraba la plana mayor de la Brigada, elementos oficiales y militares y la dirección de la fábrica.

Dirigen palabras alusivas al acto el capitán Miguel y los camaradas Líster, «El Campesino» y Martínez.

C. M.



Ayuntamiento de Madrid



por La Comercial, Cernuda en representación del Comisariado y Landeta en nombre de los latino-americanos, leyéndose asimismo numerosas adhesiones al acto.

Luisa Vivanco, madrina de la bandera, hace entrega de ésta al camarada «Campesino», como jefe de la División, quien a su vez la entrega a Candón, ahora jefe de la Brigada. Las patéticas palabras de la madrina, la frase valiente de «Campesino» y el gesto enérgico, rotundo y por demás elocuente de Candón, constituyeron momentos que difícilmente olvidaremos. Momentos llenos de sinceridad y sencillez, pero de indescriptible emotividad ; ¡ vimos enjugar lágrimas de emoción a hombres rudos y curtidos en la lucha !

Terminado el acto, y en interminable desfile, la fuerza de la División que acudió al acto se trasladó a un local más espacioso, donde se le sirvió, así como a los invitados, una comida de guerra, agradablemente amenizada por la banda de música de la División. Por unas horas se olvidó a Marte para rendir culto a Terpsícore.

Resumen : un acto formidable de simpática camaradería en que, como en los problemas de la guerra, Ejército y pueblo caminaron al unísono.

¡ Camaradas de la Primera Brigada Móvil de Choque, la promesa de vuestro jefe está en pie ! Con la enseña que os hemos entregado van nuestros corazones y nuestras esperanzas. ¡ ¡ En vuestra lealtad, en vuestro heroísmo, confiamos ! !

Nosotros os prometemos luchar sin descanso en nuestro frente de la fábrica para que a vuestro regreso no encontréis diferencias ni rencores, sino la fraternidad y la armonía necesarias para que vuestros esfuerzos no sean baldíos.



Jornales

Tema interesante y de actualidad. Por juzgarlo así voy a tratar del acuerdo tomado en reciente Asamblea, puesto ya en práctica, sobre aumento de gran parte de jornales y de algunos sueldos. Materia hartó intrincada y sumamente resbaladiza.

Es claro que, pretendiendo enfocar objetivamente el asunto, me abstendré de particularizar y descender a si fué poco o mucho el aumento asignado a cada compañero, ya que, además, por otra parte, los interesados—por lo menos gran número de ellos—manifestaron su correspondiente opinión en la Asamblea. Sí debo decir que, en términos generales, se ha procurado reparar la evidente injusticia de algunos sueldos y jornales, haciendo desaparecer los mezquinos de los aprendices, con unificación para éstos del mínimo de cinco pesetas, y elevando otros muchos de distintas categorías.

Como quizá sea nuestra fábrica la última que se haya preocupado de poner un poco a tono con la realidad de las circunstancias el poder adquisitivo de sus trabajadores, estimo pertinente dejar constancia del hecho, porque acusa un desinterés que honra y sirve de ejemplo digno de ser destacado.

Tendencia mía, como administrativo que soy al fin y al cabo, es comentar «económicamente» suceso de tan indiscutible importancia. En tal sentido oriento mi trabajo, con el sincero afán de que sirva para la obtención de alguna enseñanza práctica.

De provisional calificó nuestro Comité de Fábrica la subida de jornales y sueldos. Y no pudo menos de ser así, por cuanto, a remolque de los imperativos de la realidad, estamos viendo que los precios de los artículos necesarios para el sustento adquieren, por causas que no intentaré examinar aquí, curva ascensional, determinando un desnivel evidente entre la percepción del trabajador y los desembolsos que éste se ve obligado a efectuar.

Es provisional, además, porque nuestras aspiraciones, lógicamente, no pueden quedar cifradas en percibir una cantidad que, en su totalidad, sea absorbida por artículos alimenticios, prendas de vestir y alquileres.

En el caso concreto que motiva estas líneas, uno de los capítulos que integran el coste de nuestra fabricación ha sido incrementado en 120.000 pesetas anuales (números redondos); y, como se desprende de lo que llevo dicho, no es difícil prever futuros aumentos de igual índole, y seguramente de mayor cuantía.

¿Cómo ha de encajar estas alzas, la ya verificada y las otras posibles nuestra economía «actual»? Este es el punto neurálgico de la cuestión, que deseo analizar sin pretender (sería ridículo) erigirme en numen de la Economía nacional.

Incautada esta industria por el Estado, el capital-empresa ha desaparecido. Es sabido que, en el plan capitalista, todo comercio, industria o explotación se montaba con el fin primordial de que el dinero empleado produjese un beneficio. Es axiomático que también se corría el albur de perderlo. Pues bien; en la actualidad nos encontramos, en nuestro caso concreto, repito, convertidos de hecho en continuadores del sistema económico. O sea podemos ganar dinero; pero, por el contrario, podemos perderlo. Y esto se deriva, fundamentalmente, de la forma en que se viene desenvolviendo la adjudicación de trabajo por parte de los organismos oficiales. Continuamos aún contratando suministros. Gozamos todavía—valga la expresión—de libertad para adquirir primeras materias (donde buenamente las encontremos), transformarlas y venderlas a precios «previamente» concertados.

Si por los organismos oficiales se persiste en la conducta que hasta ahora siguen para adjudicar pedidos a industrias como la nuestra (creo que no, pues ya se atisban propósitos de cambio de rumbo, y así ha de ser para conseguir disponer de una potente industria de guerra), pro seguiremos en la alternativa teórica de ganar o perder dinero, pero con la probabilidad de sufrir esto último en el noventa y cinco por ciento de los casos.

En el supuesto más favorable—el de ganancia—podemos considerar las alzas de mano de obra: como aumento del coste de producción o como anticipo a cuenta de los posibles beneficios. Si lo primero, para mantener constante el beneficio, tendríamos que elevar en la correspondiente proporción el precio-venta. Ello lleva consigo, en definitiva y en plazo más o menos largo, por concatenación de resultados económicos, una disminución del poder adquisitivo de los jornales. Si lo segundo, mantendríamos sin alteración el precio-venta, porque existiendo beneficios, por ser nuestros, a nosotros revertirían, quedando sólo pendiente el problema de la cuantía de los mismos que, de ser suficientes, absorberían plenamente los aumentos anticipados; mayores, darían margen para otras inversiones; y menores, supondrían un déficit, una pérdida.

Aparte de otras razones de índole política, estimo que el supuesto de una pérdida probable debe influir y pesar grandemente para lograr una variación completa de las normas que presiden la distribución del trabajo y, consecuentemente, las por que nosotros, obligados, nos regimos.

No se explica, en efecto, que el cliente oficial tenga cumplido su cometido con adjudicar el pedido al concursante que se compromete a ejecutar el trabajo en el precio más bajo. Tal cosa implica que el «favorecido», después de presupuestar un determinado suministro, mientras corre, no con el riesgo, sino con la seguridad de que en el transcurso de la ejecución de la obra sufrirán alteraciones importantísimas las primeras materias, que han de ser buscadas a salto de mata, la otra parte contratante se encuentra perfectamente a cubierto en su misión, mediante la firma de un documento que al proveedor obliga a mantener un precio que si en principio pudo ser calculado con algún beneficio, éste queda eliminado y también convertido en pérdida por razón de la compra de materias primas.

Después de esta digresión, merece comentario, económico desde luego, la autonomía e independencia con que aquí y en otras industrias y actividades (no todas) se ha procedido en materia de aumento de jornales.

No creo que, en lo sucesivo, pueda prosperar tal procedimiento, que en el plano de la economía nacional resultaría sumamente peligroso. Es evidente la imposibilidad de cubrir con los ingresos actuales el nivel medio de vida en los presentes momentos. Pero, como solución, pudiera resultar más razonable y adecuada la trayectoria seguida por algunas industrias y sindicatos al no crear nuevas situaciones de hecho, cosa que lograron asignando a sus trabajadores un «plus» transitorio. De esta manera podrán llegar en el día de mañana más cómodamente a una revisión y acoplamiento de lo que en tiempos capitalistas se denominaba «rentas de trabajo».

También en los aspectos tratados en este artículo se impone el mando único.

E. CUARTERO

A cien por hora

Tres días llevamos buscando por la fábrica al camarada Ortega, con ánimo de hacerle una entrevista, y no hay manera de encontrarlo. Pero hoy estamos decididos a que no nos ocurra lo mismo, y nos hemos lanzado a su busca y captura por entre los bidones de la gasolina, dentro del foso; y después de inauditos esfuerzos por hallarlo y lanzar unos cuantos gritos estentóreos, lo hemos divisado a lo lejos, metido debajo de un coche en posición decúbite supino. A paso ligero y con cuartillas y lápiz en ristre nos encaminamos al lugar del hallazgo y dirigiéndonos al aparecido, le decimos, mitad contentos, mitad enfadados:

—¡Pero hombre, deja de tomar la sombra del coche y sal de ahí, que queremos hacerte unas preguntitas para Hoy...

—Para hoy no puede ser —nos contesta—; dejadlo para otro día, que estoy arreglando este cacharro...

—No hombre, no; si es para el periódico... ¡Anda, «chato»!... ¡Sal de ahí!...

—Vaya hombre, ya me habéis tocado el punto débil. Si es para el periódico, ahorita mismo salgo...

¡Y cómo salió! Tenía grasa hasta en el paladar. Menos mal que como es un muchacho limpio no dió lugar a que le indicáramos la conveniencia de lavarse. Y ya a nuestra disposición, comenzamos a interrogarle:

—Aproximadamente, ¿cuántos kilómetros has recorrido en los coches en lo que llevamos de guerra?

—¡Pchs...! Pues unos 25.001 kilómetros. Como veréis he batido el récord.

—Nones...

—¿Cómo que no?

—Que sí, hombre, pero que son nones. Y en estos viajes, ¿qué poblaciones has recorrido más frecuentemente?

—Alcázar y Aranjuez, y menos asiduamente Valencia, Barcelona y Albacete.

—¿Qué impresión has sacado de las visitas a estas poblaciones?

—En Valencia y Barcelona no sienten la guerra, sobre todo en esta última. Y de «camuflados» no me digas, que se pone uno fuera de clavo viendo lo que se ve allí, a pesar del «camuflaje». Pero tengo la esperanza de que todo llegará y que las retaguardias de esas dos poblaciones serán depuradas. Y por los demás sitios, eso es general; muchas carreras para poder encontrar la comida.

—¿Te ha ocurrido algún accidente alguna vez?

—¡Cómo no! —contesta muy ufano—. Una vez en Colmenar de Oreja, donde hay una pendiente muy grande, a un lado de la cual y en un terraplén que existe se encuentran las casas del pueblo, y al otro lado la cuneta; venía yo de Alcázar con aquel U. S. A. grande, cargado de hierro y cuatro hombres encima, y en mitad de la cuesta se me para. Comienza a recular. Los frenos no funcionan... y allí me tenéis a mí «agarrado» al volante haciendo esfuerzos por dominar el coche arrimándolo a la cuneta, donde lo volqué con el fin de que no cayera sobre las casas

y evitar así una catástrofe, mientras los cuatro que venían encima iban saltando a la cuneta como conejos. Chicos, ¿qué trago...

—Sí, sí, nos lo figuramos... tinto.

—No, no, si digo que qué trago más amargo el de ese día. Y menos mal que las consecuencias no pasaron de unas pequeñas heridas en la espalda. Y sin embargo, con un accidente menos aparatoso en Puertolapiche perdí parte de lo que constituye mi cuerpo. Fué dando a la manivela; se me volvió, dándome un golpe tan fuerte en la boca, que me rompió una de las cosas que en más estima tengo: un diente. Bueno, si en aquel momento el camión se transforma en hombre, yo os aseguro que la liamos.

—Oye, ¿por qué hay tantos coches estropeados por la carretera?

—Los días de lluvia es debido a los patinazos y por las prisas; pero la mayoría de los accidentes son debidos a los malos conductores y a las imprudencias que se cometen. Y prueba de ello es que en Pozuelo de la República me vi de pronto sorprendido con que un tanque comenzó a trepar por la parte delantera de la camioneta, sin duda simulando el ataque a una posición enemiga; y no creáis que es broma; mirad las huellas en esta aleta. Esto os demostrará lo fácil que es estropearte el físico o que te lo estropeen.

—¿Cuántos litros de gasolina has consumido?

—¿Que he consumido yo o los coches? Y os lo digo, porque aunque éstos hayan gastado alrededor de 5.000 litros, yo también he tragado lo mío; pues al llenar o vaciar el depósito por el procedimiento de la goma, los primeros días que era un neófito, representaba mi único desayuno, pero ahora que estoy práctico hago verdaderos prodigios.

—¿Cuántos kilogramos de hierro has transportado para la fábrica?

—No puedo precisar exactamente, pero calculo que alrededor de 100.000.

—¿Alguna anécdota?

—En Villarejo, el servicio de vigilancia me invitó a parar pidiéndome la hoja de ruta; como de primera intención no apareciera, entregué el primer papel que hallé a mano en mi bolsillo. Lo miró detenidamente y al cabo de un ratito me lo devolvió, diciéndome: «Sigue, que está bien.» ¡Era una carta de mi hermano que está en el frente!

Y con una carcajada que dejó al descubierto sus dientes temblorosos, se alejó de nosotros este buen camarada, que ha sabido suplir con su esfuerzo personal, durante este año de lucha, la falta de medios de transporte que tanto nos afecta.

L. P.



Madrid

Este día, en que todos los órganos de expresión volcarán su entusiasmo cantando tus glorias, rememorando tus hazañas, ni puede ni debe faltarte en la palestra literaria, a la que acudirán plumas más diestras, ágiles y documentadas, el homenaje, no por sencillo menos sentido y emocionado, del portavoz de Comercial de Hierros.

Los que paso a paso hemos vivido toda tu vida heroica, sin deslealtades, sin desertar de nuestro puesto para ir a buscar acomodo en lugares tranquilos, sabemos de tus jornadas brillantes, épicas...; sabemos también de tus amarguras, de tus mutilaciones, de tus dolores, soportados con estoicismo incomparable.

¡18 de julio! ¿Os acordáis, madrileños, de aquellas febriles horas en que la «radio» difundía por el ámbito nacional, comunicaba al mundo entero el estallido de la sublevación militar-fascista?

El pueblo, los trabajadores todos, dándose cuenta perfecta del peligro que se cernía sobre su democracia, conquistas y libertades, con improvisación gigantesca, por su heroico impulso, lánzase en avalancha a impedir que se propaguen los focos donde, intuitivamente, aprecia que han de tener reflejo los chispazos de la rebelión. Cuartel de la Montaña, Vicálvaro, Carabanchel...; derrumba con estrépito éstos y otros baluartes con que la traición pensaba sojuzgarnos e imponernos una cruel dictadura, amparándose en la cual el capitalismo añoraba un reverdecer de sus privilegios, un afianzamiento de sus posiciones tambaleantes. Después... La Sierra, Alcalá, Guadalajara, Toledo, Albacete, Badajoz. Siempre se manifiesta el empuje arrollador del pueblo madrileño en armas. La bravura, el coraje, el heroísmo individual y colectivo hicieron el milagro; pueblo en armas, ¡sin ellas!, contra el Ejército organizado que, allí donde por debilidad o incompetencia de los representantes del Poder triunfó en los primeros momentos, disponía de todo el armamento que, como sagrado depósito, habíasele confiado por la Patria para defenderla, no para volverse contra ella.

¡Pueblo de Madrid! ¡¡ Que no se limitó a aplastar la traición en sus confines, que dió su sangre generosa para librar a otros pueblos del yugo opresor! ¡... Aniquiló reductos, libertó pueblos, ciudades, provincias... Donde surgió un brote, allí acudió este magnífico pueblo con sus Milicias, sus Guardias, sus Carabineros.

Aún le era dado, sin embargo, ignorar la intensidad de la tragedia. ¿Por falta de videncia?...
¡Por lo inconcebible, por lo monstruoso del hecho!

¡7 de noviembre! ¿Recordáis, madrileños? ¿Lo sabéis, tráfugas de la ciudad en peligro al Levante feliz?

En constante superación de jornadas galdosianas, el heroísmo de este pueblo invicto forma apretado haz con los pechos descubiertos de sus hijos, que constituyen férrea muralla, muros de acero, y para en seco al invasor. Sabe el madrileño que, posiblemente, juega su última carta, y la de la democracia española, y la de la democracia mundial. Como de los hombres de la Revolución francesa dijo en expresión enérgica y feliz un poeta, los madrileños cargan todavía sus cañones, sus fusiles, con IDEAS. ¿Qué importa la metralla de los pájaros negros, qué la de los cañones fascistas? ¡Barrios enteros deshechos! ¡Víctimas inocentes sacrificadas por la barbarie! ¡Madrid mutilado! Privaciones sin cuento, desfiles interminables y macabros con los restos arrancados de las garras invasoras..., visiones dantescas, en fin, que crispan los nervios, que sublevan conciencias honradas y humanos sentimientos ante tamañas injusticia y ferocidad, toleradas por la política falaz, en vergonzante y cobarde complicidad quizá, de naciones que se llaman demócratas y se dicen defensoras, pilares de la paz universal. ¡Cuántas vidas rotas, cuántas ilusiones quebradas al tirón brutal de la realidad!

¡Madrid! ¡Esto ha sido tu defensa!; en el año que se inicia te vengarás... ¡CONQUISTANDO!

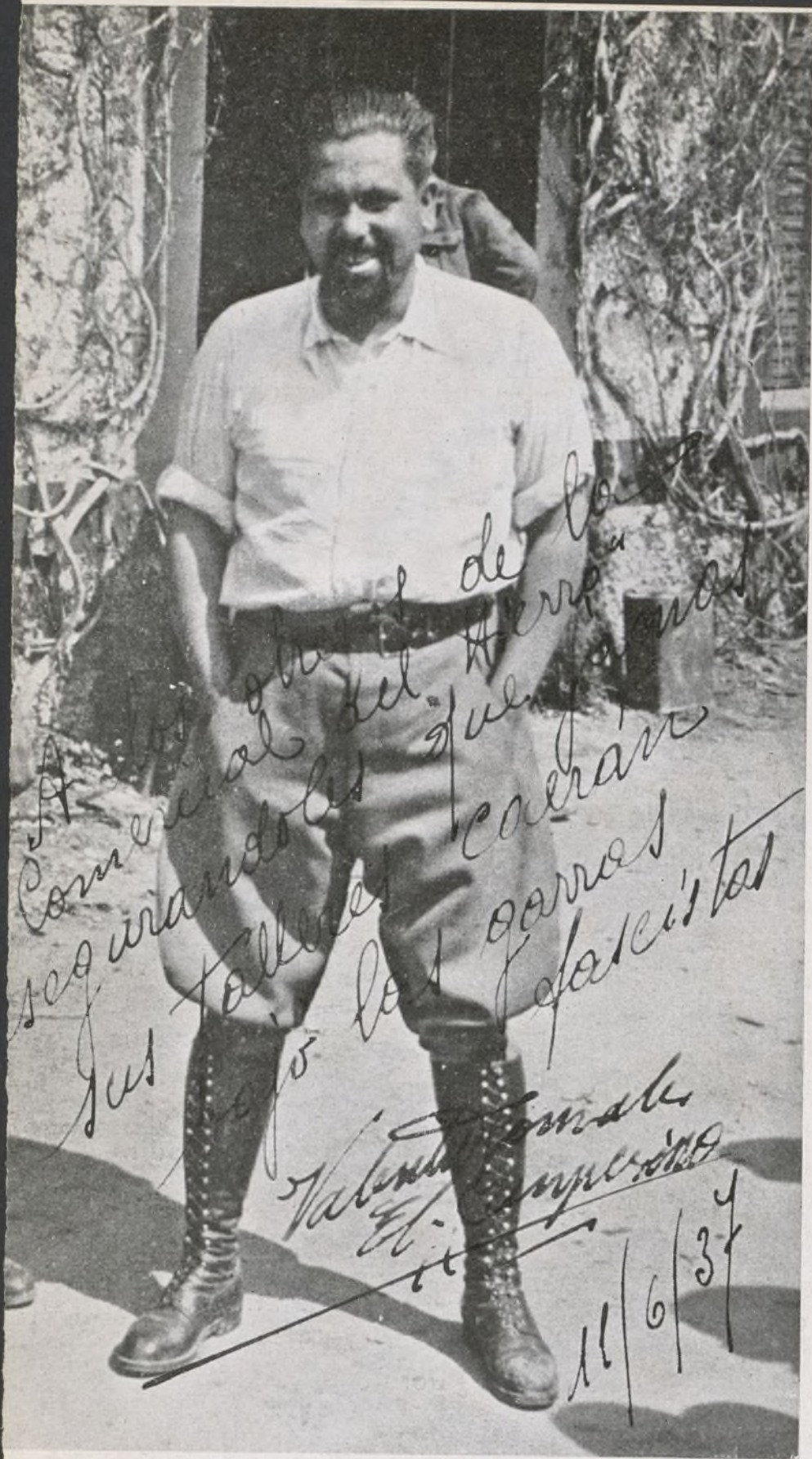
Sublime en tu heroicidad, has escrito las páginas más gloriosas de la más grande epopeya que conocen los siglos. A ti se debe que luzcan esplendorosos los ideales de Libertad y Democracia que vivificarán al mundo.

Ante ti rinde su tributo de admiración y reconocimiento, puro y simple, HOY, portavoz de trabajadores honrados, hombres libres, que renuevan y remozan, en esta fecha memorable, su espíritu de antifascismo.



Foto Aida - Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



“El Campesino”

¿Quién no conoce hoy a «El Campesino»? En mis viajes de carácter militar he tenido ocasión de salir de la zona de operaciones del Ejército del Centro, y en los controles de las diversas carreteras los camaradas encargados de ejercerle, al ver el carnet de la 1.^a Móvil de Choque le agregan al nombre de «El Campesino». Todos le conocen, y su nombre es respetado y querido como lo es siempre el de un héroe popular.

En España y fuera, Valentín González es «El Campesino». En la España negra, Valentín González también es «El Campesino», el jefe querido de los trabajadores aterrorizados por los extranjeros y los traidores; es el general del pueblo que atormenta los sueños de Franco el sangriento.

Pero, ¿por qué a «El Campesino» le llaman así? ¿Por qué su nombre suena como una esperanza?

Al aprestarme a contestar a estas preguntas, me afluyen a la memoria cientos de recuerdos, todos ellos cargados de nostalgia, todos ellos ligados a «El Campesino».

La clandestinidad, el trabajo semilegal, la época del triunfo del Frente Popular, la víspera de la insurrección facciosa, la guerra, las victorias, en-

cuentran a Valentín siempre en primera línea, siempre en la vanguardia. Nunca una vacilación, siempre ponderado y audaz, arrojado y sonriente.

Hace siete años que le conozco así, y hace veinte que los campesinos de Extremadura o de Andalucía, los mineros de Puertollano, los obreros de España le conocen así. Porque Valentín, a los trece años, había demostrado ya que sabía defenderse y luchar como se defienden y luchan los de nuestra clase.

Campesino de nacimiento, jamás se le olvidó un solo día, a pesar de que las incidencias de su vida le llevaron a trabajar y convivir con los obreros de la ciudad. Estos le llamaron «El Campesino» porque hizo siempre gala de su nacimiento y porque tanto en las fábricas como en los pozos, describía machaconamente a sus compañeros la vida atormentada de los obreros del campo.

Comunista, fué el agitador incansable de los campesinos. En el Partido llevó con honor y responsabilidad el trabajo agrario.

Por todo esto, a Valentín se le llama «El Campesino». Hoy, siendo jefe del Ejército Popular, su nombre revolucionario ha pasado a ser el norte en que se concentran las esperanzas de los trabajadores.

Días pasados alguien que tiene la suerte de conocer el idioma de nuestros hermanos de la U. R. S. me enseñaba *La Pravda*. Me enseñaba algo en grandes letras que parecía un nombre y me decía: «Es un artículo que habla de «El Campesino».

Para Valentín ya no existen fronteras. Es un símbolo de la lucha y de la victoria del proletariado y de los campesinos del mundo.

A. V.

Internacionales

«Tal día se reúnen las dos Internacionales obreras para poner sobre el tapete la Causa de España». Esta es la noticia de cualquier periódico.

Los ojos ávidos buscan en días sucesivos las resoluciones aprobadas. El ánimo de aplastar al fascismo, el deseo inquebrantable de vencer, ya nos había dado la solución, ya sabe todo el que leyó el aviso de reunión de las Internacionales que sus resoluciones no pueden ser otras que las de ayuda a España, sea como sea, el caso es que de la misma reunión ya saldrán armados de palos y razonamientos a imponer a sus gobiernos la consigna: Hay que ayudar a España.

Llega por fin el día señalado para la reunión. Un país lejano, un país de hormigas, ha dejado oír su voz. No se puede pensar en ayudas platónicas, hay que ir derechos a parar, con la fuerza de los trabajadores, el golpe criminal que dos naciones soberbias quieren asestar a los hermanos de España. Todos los asistentes a la reunión se hacen eco del S. O. S. lanzado en el seno del alambique de la clase obrera.

Ya viene en la Prensa la noticia de que las Internacionales se han reunido en una sesión, previa desde luego. Estas cosas no pueden hacerse a la ligera. Las hormiguitas dijeron que no había tiempo que perder, que una de las regiones más ricas del país hermano era atacada fuertemente por las hordas fascistas, que la cosa urgía, que los países capitalistas esperaban que se consumase el hecho para sacar sus pañuelos y enjugar lágrimas de cocodrilo. Pero las cosas necesitan su tiempo. Las gotas que destile el alambique han de ser esencia pura y necesitan su tiempo.

¡Por fin! Ya se reunieron. Los trabajadores del mundo han llegado a sus conclusiones... provisionales. Las líneas tipográficas no son leídas, son devoradas por la fiebre del que espera. ¿Qué han acordado? ¡Ah! Sí, aquí está. Los mejores productos reunidos para obtener la esencia pura han hecho interesantes declaraciones, y entre ellas se destacan las de... y la importantísima de...; pero, en gruesos caracteres negros, dice el periódico que la región metalúrgica ha tenido que ser evacuada después de aguantar un martirio horrendo. Las hordas salvajes han hollado con su planta sangrienta la ciudad de las libertades seculares, la región que las hormiguitas decían se encontraba en peligro inminente.

Dolor. Ya se consumó el hecho. Los hombres que defendían la ciudad han caído con el gesto de rabia en el semblante.

Un país que está gobernado por un Frente Popular no podía permitir que unos pájaros leales rozasen su territorio en ayuda de los hermanos sitiados. La formalidad, amigo, es la formalidad; no pueden hacerse las cosas como uno quiere, sino como se las dejan hacer. Tened en cuenta, camaradas españoles, que todos no estamos en las mismas condiciones que vosotros, que nuestro país se ocupa en todo instante de que los señores del Comité de no Intervención puedan enfadarse y de rechazo ser nosotros los paganos. En fin de cuentas, no podéis estar quejosos de nosotros, ya véis cómo Almería no fué bombardeada más que unas horas. ¿Que hubo víctimas? Qué le vamos a hacer; no creemos que pretendáis que resucitemos vuestros muertos, ni que la dignidad pisoteada y el derecho internacional escarnecido vaya a ser enmendado por nosotros. Hay que tener un poco de aguante, amigos míos.

Verdaderamente que los trabajadores españoles somos un poco exigentes; lo queremos todo de una vez, y vamos, la cosa no es como para echarse las manos a la cabeza. Vamos a organizarnos un poco. A ver si es posible que sepamos tener paciencia.

Las Internacionales tienen la palabra. España está haciendo lo que nadie suponía que sería capaz de hacer. En la historia del mundo no se ha dado un caso como el nuestro. Sin Ejército, combatimos a los «cocos» de Europa. Los golpes de la adversidad los aguantamos con un estoicismo heroico. Sabemos que nuestra Causa es la de todo el Universo. Ya no se trata de nuestra decisión de regirnos como nos parezca: es la salvación de la democracia mundial lo que en nuestro suelo se ventila.

Si es cierto que el mundo nos contempla, vean los trabajadores quién tiene razón, si ellos o nosotros. Nuestra fe en el triunfo es férrea; únicamente cuando se tiene seguridad de sí mismo pueden hacerse estas afirmaciones. Que cada país piense en lo que sería de él si nosotrosuviésemos que sucumbir ante la indiferencia de los demás. Que cada hombre pase la vista por los suyos y los vea atropellados y deshechos por la metralla, y verá cómo se acuerda de que las Internacionales tienen que hacer caso a la hormiga y poner manos a la obra para deshacer de un zarpazo a la bestia fascista para que la seguridad de los pueblos deje de estar en manos de Comités de más o menos intervención, que no hacen otra cosa que esperar a que los canallescos hechos se consumen para luego llegar con sus bolsas a llenar en los despojos de festines sangrientos a costa de los pueblos que bajo ningún pretexto ni por causa alguna quieren vivir pisoteados por quienes no tienen de personas más que ligeras apariencias.

En pie los esclavos sin pan. Hoy por ti, mañana por mí, y siempre con la mira puesta en la Humanidad que lucha por acabar con la explotación del hombre por el hombre.

B. MARTÍNEZ

Unidad! Unidad! y U

Convencidos, como estamos todos, de que la mejor batalla que podríamos ganar al fascismo sería hacer una unión sólida y leal de todos los trabajadores, ¿cómo crees que podría llegarse a ella en forma más eficaz?

Juzgando de interés el tema, hemos hecho esta pregunta a diversos compañeros de la fábrica, militantes en las distintas organizaciones políticas y sindicales. He aquí las contestaciones:

MANUEL LOPEZ.

Del Sindicato Metalúrgico "El Baluarte" U. G. T.

La unión del proletariado es, en efecto, uno de los factores más importantes para decidir el resultado de la guerra en pro de nuestra victoria y del exterminio total del fascismo mundial; por lo tanto, del bienestar de todos.

Pues vamos hacia esa unión, que apremia y que nuestros hermanos de lucha exigen; si esta unión hubiese existido en el comienzo de la lucha, no hubiéramos dado tiempo a los invasores extranjeros a que ensangrentaran nuestro querido suelo.

Lo primero y principal, en mi modesto entender, es formar un criterio fijo y firme de nuestra conciencia, y obrar de acuerdo con lo que ella nos dicte; claro es que todos no estamos educados para hacer uso de nuestra conciencia; pero a éstos es a quienes tenemos el deber de hacer comprender dicha necesidad; y comoquiera que lo que más apremia es el ganar la guerra, hemos de procurar levantar el ánimo de aquellos que por las circunstancias se sienten decaídos al dejarse conducir por el vulgo.

Una vez hecha la labor anteriormente dicha, ya no creo que haya obstáculo para hacer la fusión de todos los trabajadores; pero siempre surgen intermediarios que, por la razón que sea, se oponen a ello, como desgraciadamente estamos viendo, y esto no por parte de nuestros sindicatos, que para nosotros merecen especial respeto y es a quienes nos debemos, sino por parte de agentes que nos representan.

¿Cuáles son las causas que obligan a dichos camaradas a oponerse a la unión que con tanta premura nos exigen la guerra y nuestros hermanos de lucha? Esto es una cuestión que por el momento no podemos aclarar; pero, una vez conseguido nuestro propósito, juzgaremos y sancionaremos a los que, como digo, se opongan a nuestra aspiración.

Mi criterio particular es que la unidad han de hacerla los mismos trabajadores en el seno de las fábricas y de todos los puestos de trabajo en general, en colaboración con los sindicatos, siempre que, como digo, no haya oposición ni obstáculos; que quien suscite uno o los otros no es digno de representarnos ni de encontrarse entre los trabajadores.

El problema, a juicio mío, no es solamente la necesidad de la unión, sino que estemos representados por una sola Sindical; pues por no ser así estamos un tanto distanciados los obreros, siendo ello la causa de rumores impropios del proletariado, y que tanto benefician a la bestia fascista.

Por la unión del proletariado, ¡¡viva el Frente Unico!!

IGNACIO DE PANO.

Del Sindicato Unico de la Metalurgia C. N. T.

¿Por qué no se ha hecho ya, teniendo en cuenta que todos luchamos por una misma finalidad y contra un enemigo que nos es común?

Sencillamente, yo hago esta pregunta convencido de que, con el entusiasmo con que se baten nuestros hermanos en las trincheras, y con la comprensión y heroísmo que a todos los trabajadores de la retaguardia nos caracteriza, y estando dispuestos todos, como lo estamos, a llevar esta contienda a un buen fin, no debiera existir razón alguna para que a esta fecha estemos todavía esperando la tan ansiada unión.

Si uno a uno, a todos los hombres de buena voluntad, se les fuera preguntando su criterio con respecto a esta unión, tengo la completa seguridad de que más del 90 por 100 coincidiríamos en lo mismo; y sabiendo positivamente que la unión de todos los trabajadores redundaría en beneficio de la paz y bienestar de todos, ¿por qué no se ha hecho ya? ¿Qué motivos puede haber? ¿De quién es la culpa? No lo sabemos; pero nosotros, los trabajadores, somos los que unánimemente la pedimos y exigimos enérgicamente a nuestras Sindicales.

Estamos unidos en las fábricas, talleres, oficinas, etc.; y si, en general, para todos los compañeros confederados, son hermanos los camaradas de la U. G. T. y viceversa, ¿por qué no hacer todos el esfuerzo necesario y pedir a nuestras Centrales que estrechen más y más las relaciones para llegar rápidamente a este acuerdo?

Entretanto, no perdamos tiempo, trabajemos sin miramiento todo cuanto sea necesario, dispenseémonos los unos a los otros los pequeños defectos que pudiéramos tener, haciéndonos comprender mutuamente estas faltas, y corrijámonos de todo aquello que hayamos ejecutado e interpretado mal. «No es de tontos equivocarse, pero sí lo es seguir equivocándose.» Este es un refrán que debemos tener muy presente.

¡Cuántas veces hemos leído en la Prensa que entre requetés y falangistas existían discrepancias!; y a nosotros ¡¡cómo nos alegraban estas noticias...!! Pues bien; si, como digo, estas discordias nos parecen de rosas, imagináos con cuánta alegría llegaría a ellos la noticia de nuestra desunión o nuestras luchas en retaguardia, toda vez que es donde únicamente podrían suscitarse, pues sabido es que en los frentes no ocurre ni ocurrirá nada de esto, porque todos los verdaderos antifascistas están unidos.

Así, pues, para lograr la unión, base fundamental de nuestra victoria, es preciso que desde este momento todos exijamos de nuestras Centrales sindicales que se aparten un poquito de ciertos criterios que parecen entorpecer nuestra unión, y entonces veremos realizada la aspiración de tantos millones de trabajadores.

y Unidad!

ADOLFO PEREZ.

De las Juventudes Libertarias.

En efecto, los proletarios vemos que el medio más seguro y eficaz para acabar con el fascismo es llegar a la tan ansiada ¡¡Alianza Obrera Revolucionaria!!

Existen relaciones bastante estrechas entre las dos grandes Centrales sindicales al efecto; pero estas relaciones tendrán que ampliarse necesariamente para estructurar de una manera sólida y eficaz la nueva economía que estamos empezando a forjar.

Yo añadiré mi modesta opinión sobre el medio que veo más rápido para llegar a tan ansiada unión:

Estimo conveniente que en todos los talleres, fábricas, etcétera, se deben celebrar Asambleas conjuntamente por los compañeros de U. G. T. y C. N. T., y en ellas se deben buscar y enlazar puntos de contacto para asentar como principio la estrecha relación que tienen los trabajadores en sus funciones social-constructivas.

Los acuerdos que salieran de estas Asambleas, elevarlos a nuestros Comités responsables para que ellos, al ver las manifestaciones de los trabajadores, formaran el Comité de enlace, puntal firme en el que se consolidaran nuestras aspiraciones revolucionarias.

¡Trabajadores! ¡Compañeros todos! Aunemos nuestros esfuerzos para ganar la guerra y hacer al mismo tiempo la revolución.

JESUS MUÑIZ.

De las Juventudes Socialistas Unificadas.

Respondiendo a vuestra pregunta de cómo hacer la unidad del proletariado en general, nos permitimos el contestaros en la forma en la cual se basa nuestro pensamiento:

En primer lugar, creemos que la alianza de la juventud, es el problema que más de cerca tenemos planteado.

En segundo lugar, creemos que la alianza de la juventud debe de hacerse recogiendo todos los pensamientos de todos que nos unan y separando todo lo que nos pueda separar; y cuando esto lo hayamos hecho, entonces nos pondremos a discutir los problemas que nos separen para de esta forma llegar, en cualquier momento de la discusión, al convencimiento.

También queremos señalar el por qué al decir nosotros que queremos hacer la unidad con toda la juventud, incluyendo en ella a los jóvenes católicos del País Vasco, alianza con toda la juventud que lucha en las trincheras y en los frentes de producción, porque todo el que haga esto es un verdadero antifascista y tiene derecho a estar entre los demás trabajadores jóvenes.

La unidad de las dos Centrales sindicales ha de servir al Gobierno del Frente Popular como la garantía más

firme para que la economía nacional esté a la altura que las circunstancias lo requieran y al mismo tiempo para que la nacionalización de la industria se lleve a efecto para la rápida solución del problema de la industria de guerra.

*disciplina +
unidad +
producción =
el triunfo*

*éxito en frentes -
malareta guardia =
fracaso rotundo*



¡Y pensar que podríamos terminar el viaje mucho antes si llegara esa «unidad» que falta!...

Una interviú con "El Campesino"

Aprovechando un momento del festival en que «El Campesino» se encuentra solo, nos acercamos a él, que con su habitual simpatía nos acoge, encantado al saber que deseamos hacerle unas preguntas para nuestro periódico de fábrica:

—¿Qué te parece el acto?—le preguntamos.

—Magnífico, sencillamente magnífico. Es lástima que la retaguardia no se haya percatado aún de la formidable labor que estos actos de confraternidad representan en la moral del soldado.

—En efecto, parece que están contentos...

—Tanto, que yo que conozco bien a los míos, os puedo asegurar que si ahora saliéramos al campo daríamos una buena carrera a los fascistas...

—Hace tiempo, Valentín, que deseábamos tener la oportunidad de recibir unas palabras tuyas para Hoy.

—Pues preguntad:

—Siempre hemos sentido curiosidad por saber el origen de tu sobrenombre.

—Bien sencillo es—nos responde—: campesinos eran mis padres, como lo fueron los suyos, y campesino fui yo en mis primeros años. Mi inquietud y mis deseos de luchar por una existencia mejor me llevaron a cambiar de profesión, pero, en cambio, siempre sentí el orgullo de mi origen, y ello hace que en todo momento lo proclamara, habiéndome ganado con tal motivo el sobrenombre «El Campesino», con que hoy se me conoce.

—Dinos algo de tu vida de luchador; tenemos entendido que ya desde muy joven sacrificabas tu tranquilidad en bien del proletariado...

—¡Bah!—nos dice modestamente—. Es verdad que comencé a trabajar siendo muy niño y que la fatalidad que nos sigue a los pobres me ha puesto en trance de hacer lo demás.

—Sí, pero...

—En efecto, a los nueve años hubimos de abandonar Malcocinado, mi pueblo natal, pues mi padre tenía sus ideas y con ellas no le era posible vivir allí. Nos trasladamos a Peñarroya, donde trabajamos en el campo hasta que logramos mejor ocupación en las minas.

—¿...?

—Allí habría seguido a no haber sido por mi temperamento y mis ideas. Se produjo una huelga—tenía entonces quince años—y fui un revolucionario más. Una lucha sangrienta con la guardia civil hizo que se me detuviera, y a no ser por mi edad, mal habría salido del trance.

—Muchas veces he estado preso después en Córdoba, Sevilla, Badajoz, Cáceres. Ingresé después como voluntario para el servicio militar en Africa; pronto me arrepentí; aquel ambiente, aquella disciplina (¡qué diferencia de la de nuestro Ejército popular!) no iba con mis afanes revolucionarios y de libertad, y me escapé a Casablanca. La policía allí me hizo la vida imposible y no encontré, por el momento, otra solución que engancharme en el Tercio extranjero.

—¿...?

—Sí, también allí liquidé pronto y me trasladé a la Península, donde comencé a trabajar en la construcción de carreteras. Reconocí o se me hizo reconocer que mis esfuerzos revolucionarios y de agitador, bien encauzados y dirigidos, serían más eficaces que manifestados personal y esporádicamente. Ingresé en el Partido Comunista, y, desde entonces hice cuanto labor pude.

—Rivalidades y competencias de los burgueses pusieron en manos de mi padre y en las mías el dinero necesario para acometer por contrata la construcción de carreteras para el Estado. Esta ha sido mi ocupación algún tiempo, aunque no debéis creer que me dediqué por ello a la cómoda y fácil vida del burgués. Aproveché toda oportu-

nidad para hacer labor revolucionaria, y así, por ejemplo, en octubre de 1934, mis obreros y yo, fuimos de los primeros que nos lanzamos a la calle.

—¿Dónde te sorprendió el comienzo de la guerra?

—Aquí, en Madrid, y desde el primer momento, aquel mismo sábado memorable, salí para la Sierra en unión de otros dieciocho compañeros. No teníamos idea de la importancia de nuestros enemigos; tampoco sabíamos fijamente qué debíamos hacer; pero lo importante era impedir que los fascistas pudieran llegar a Madrid.

El rostro jovial de «El campesino» adquiere un gesto triste. No necesitamos inquirir la causa de ello. Sabemos que de aquellos diecinueve buenos camaradas suyos, héroes pletóricos de ideal como él, que alegremente se lanzaron a cortar el paso al fascismo, diecisiete han perdido sus vidas...

Queremos apartar este pensamiento de su imaginación y le preguntamos:

—¿En cuántas acciones habrás tomado parte?

—¡Quién sabe! Sólo puedo deciros que desde que comenzó la guerra apenas si he descansado. Cuando no estamos en el campo, estamos preparando alguna operación. He combatido en Somosierra, Guadarrama, Pozuelo, Majadahonda, El Plantío, El Pardo, Guadalajara...

—¿...?

—En efecto, ésta ha sido una de nuestras más brillantes victorias. Ya todos conocéis pormenores de este episodio, que las fuerzas de Mussolini tardarán en olvidar.

—¿Qué concepto tienes hoy de tu División?

—¡Magnífico, excelente! Gracias a la labor de los Comisarios se ha creado un formidable espíritu de lucha que hace que cada combatiente esté deseando llegue la oportunidad para demostrar su ímpetu y su bravura. Si a ello le añadís que ya no luchamos con las armas que teníamos el 18 de julio, comprenderéis que el empuje arrollador de nuestro Ejército, del Ejército del pueblo, será incontenible...

—¿...?

—Sí; pronto tendremos oportunidad de demostrarlo. Ya ha transcurrido un año desde que comenzó la guerra. En este tiempo hemos forjado una moral y un espíritu que, junto con la capacidad militar adquirida por los jefes y con los planes de los mandos, será más próxima nuestra victoria.

—¿Nos dices algo especial para nuestros compañeros?

—Para los obreros de la Comercial nada más que confirmarles lo que esta mañana os he dicho. Que confíen en nosotros. La bandera que nos habéis entregado ondeará en las capitales que dominan los fascistas. De ello os respondo en nombre de los míos.

Nosotros, en nombre de nuestros compañeros de la fábrica, le prometemos que nada hemos de regatearles, y que hemos de poner cuanto esté en nuestra parte, para que dentro y fuera de la fábrica, sea más sólida la unión de todos los trabajadores antifascistas para que sus esfuerzos y sacrificios no sean estériles.

Y nos separamos de este hombre magnífico, en quien no sabemos qué admirar más; su valor, su simpatía o la magia de sus palabras que sabe llenarnos de optimismo y fe en el triunfo. Después de oír a «El Campesino», ¡qué lástima nos dan los fascistas!...

C. M.



N. de R. — Consideramos muy interesante este trabajo del camarada Segovia, como resumen breve de nuestra gestión en el año transcurrido desde el comienzo de la guerra, si bien apreciamos que existe algún concepto fuera de la realidad, quizás por no estar el autor debidamente documentado en el aspecto administrativo de la fábrica.

Carta abierta

Salud, amigo Pepe:

No esperaba tener noticias tuyas, pues creí que habías pagado con la vida el noble empeño que te llevó a la lucha. Muchas veces en mis ratos de ocio pasan por mi mente las escenas vividas juntos, hasta que al final voy a caer al día 18 de julio de 1936 fecha en que comenzó para nosotros a vislumbrarse una aurora que hasta entonces no conocíamos. Era sábado, esa noche no fuimos al café como hacíamos todos; Esa noche fuimos hacia donde había armas, para defender nuestra libertad en peligro. Recuerdo el cuartel de la Montaña, la Basílica de Atocha y tantos otros lugares donde cayeron las primeras víctimas del fascismo sangriento y cruel, donde cayeron los más heroicos luchadores de nuestra Libertad. Pero dejemos esto a un lado.

Me dices que te cuente cómo está la retaguardia. Procuraré darte una idea lo más fiel posible; te describiré cómo marcha nuestra industria, que es lo que mejor conozco.

Cuando los trabajadores nos hicimos cargo de la fábrica, todo eran líos y barullos que no había quien lo entendiera. Como se pudo, y con arreglo a la capacidad y buena intención de unos cuantos compañeros, se logró poner en marcha nuestra fábrica.

En ella se han construido desde los primeros coches blindados que vieron los frentes hasta los cazos que valen para servir la comida a los componentes de nuestro joven y ya potente Ejército popular, pasando por las bombas de mano, thermos, camas, máquinas para cargar cintas de ametralladora y otras muchas cosas más.

Debo hacerte notar que todo esto ha sido debido a la iniciativa, buena intención y empeño que desde el primer día pusieron los compañeros que tienen a su cargo la responsabilidad de la fábrica, porque los organismos encargados de esta cosa de la guerra no nos proporcionan ni la maquinaria ni las materias primas que necesitamos, pues lo poco que conseguimos es a base de viajes a Valencia y Barcelona; todo esto, con la consiguiente sangría que supone para la caja de la fábrica, pues, a pesar de que la industria está incautada por el Estado, todavía no hemos necesitado que el Gobierno pague ni una sola peseta de la nómina semanal de cerca de cuatrocientos obreros; todos los jornales salen de nuestro esfuerzo. Esto es una demostración de que los trabajadores sabemos y podemos administrar nuestros intereses, hasta el extremo de que nos hemos permitido el lujo de aumentarnos los jornales, no en la proporción que requieren las exigencias de las circunstancias (o los comerciantes); pero yo creo que no tardando mucho, podremos hacerlo otra vez, pues todavía, verdaderamente, hay quien necesita más. Claro que todo esto se puede hacer, porque ahora no existe el accionista, que se tenía que repartir el dividendo a fin de año, con el sudor, la salud y a veces la vida de los trabajadores; así es que todo eso que nos decían de que la fábrica se iba abajo, que las cosas estaban muy malas, que iban a tener que cerrar, era puro cuento.

El control y dirección de la fábrica siempre ha estado a cargo de nuestro conocimiento, pues nadie nos ha marcado una línea por la cual teníamos que marchar, ni hemos recibido una orientación de lo que debe ser el control de una fábrica en los momentos actuales. Sobre este punto los sindicatos nos han tenido completamente abandonados, pues una labor específicamente suya es la de conducirnos por unas normas que nos abriesen los ojos en estas cosas que no hemos vivido nunca, y no se habría llegado al caso de ciertos sitios en que se han establecido unas normas de jornadas y salarios que van muy en perjuicio del estímulo de los trabajadores y, por lo tanto, de la producción.

En el aspecto moral también hemos hecho cosas muy dignas de tenerse en cuenta; y digo moral, porque se trata de la ligazón entre el frente y la retaguardia: los que lucháis con un fusil y los que luchamos con las armas del trabajo.

Accediendo a una invitación del comandante de una gloriosa unidad del Ejército fuimos los trabajadores de la fábrica a visitar esta Brigada a un lugar de reposo; y fueron tan gratas las impresiones que recogimos, que por unanimidad acordamos apadrinar a esta Brigada, que es la Primera Brigada Móvil de Choque «El Campesino»; con este motivo se organizó un festival, que resultó magnífico, seguido de una comida y baile, que puso de manifiesto la confraternidad y el cariño que debe existir entre el frente y la retaguardia. En mis visitas por los frentes que rodean Madrid he podido apreciar el grado de hermandad que os une a todos los combatientes; he visto que allí todos sois iguales; no existen diferencias ideológicas; todo el ideal se condensa en ganar la guerra, sin mirar sacrificios ni carnets; y cuando he vuelto a Madrid, a los lugares de trabajo, a las calles, en fin, a todos los sitios, veo la triste realidad de que en la retaguardia todavía no hemos hecho eso ni mucho menos, y pienso en el día que vosotros vengáis después de conseguir la victoria y tengáis que empezar con nosotros por haber perdido el tiempo en discusiones y tonterías, que en nada nos han beneficiado.

Con nuestro espíritu de organización hemos creado unos comedores colectivos capaces para más de doscientos cincuenta comensales. También hemos empezado a instalar unas escuelas técnico-profesionales y de cultura, que cuando tú vuelvas ya estarán funcionando, para darnos una cultura profesional de lo que estamos tan necesitados.

Nada más puedo decirte en este primer aniversario de nuestra lucha por la libertad, la paz y la justicia; pero vosotros seguid luchando, que aquí en la retaguardia nuestros corazones palpan al mismo tiempo que los vuestros, que las mismas ideas de redención que anidan en vuestros pechos encuentran eco en los nuestros, que lo mismo que vosotros sois topos de la dinamita y la bomba de mano nosotros también lo somos en la producción de todo lo que a vosotros pueda seros necesario.

Adelante, hasta ver el triunfo en nuestras manos.

Tu buen amigo, P. SEGOVIA.

Unión de todos los trabajadores

En once meses que llevamos de guerra, se han escrito tantas y tantas cosas sobre unidad política y sindical de la clase obrera, que realmente el coger la pluma para decir algo nuevo sobre este tema es punto menos que imposible, y más tratándose de que el que la coge ni tiene facilidad de escribir lo que siente y cómo siente la necesidad de la unidad, ni sabe lo que va a salir de un tema tratado y trillado por todos los sectores y partidos antifascistas.

Pero, en fin, vamos a ello; y si hay algún stajanovista de la lectura, le agradeceré que llegue hasta el final y además que no me tire nada cuando me vea por el taller. ¡Animo, camarada, hasta el final!

Desde casi el principio de la guerra, y en estos últimos meses con más intensidad, toda la Prensa de España, y en particular la de Madrid, han venido periódicamente publicando artículos a través de los cuales se invitaban unos partidos a otros a formar la unidad, la fusión, o por lo menos un Comité de enlace, coordinador de opiniones, cuya única labor había de consistir en establecer un contacto entre sindicatos, partidos o centrales, de manera que, dejando con plena autonomía el desarrollo ideológico de cada uno, marcharan de acuerdo, y sus afiliados respondieran por igual, cuando hubiera coincidencia de apreciación en la solución de problemas que favorecieran nuestra Causa, bien en el terreno político, social o económico.

De estos Comités hay bastantes creados, y si cuando a los componentes de ellos les anima un verdadero deseo de colaboración éstos funcionan bien y la masa trabajadora responde perfectamente, no ocurre así cuando a ellos se va en el plan de colaborar sobre la base de que sea una determinada tendencia la que los oriente; así, no; para ir a los Comités de enlace y para formar éstos hay que ir mirando de frente a la guerra, poniendo a ésta, con sus necesidades, por encima de toda preferencia ideológica o sistema que, fatalmente, nos llevaría a la desunión. Hay que ir con el ánimo predispuesto a la concesión, con un espíritu despojado de egoísmos y encumbramientos personales, abierto a la discusión noble y cordial y con un sentido revolucionario claro del momento político que vivimos, de la situación actual y pensando siempre que tanto en paz como en guerra, y en guerra mucho más, los problemas planteados y que se planteen no hay que aplazarlos o medio resolverlos; hay que discutirlos en el acto y resolverlos, pero resolverlos de manera que su solución beneficie a la marcha de la guerra y, por lo tanto, a todos los antifascistas.

Hay «ciudadano» (¡¡ qué bien los trato!!) que no quiere la unidad; es más, que trabaja en contra de ella; gracias que a éstos toda la masa antifascista los conoce ya y los considera como todo revolucionario, como todo obrero consciente debe considerarlos, como lo que son, como aliados de Hitler y Mussolini en nuestras filas.

Vamos ahora a mirar un poco la unidad dentro de nuestra fábrica que, por ser semejante a muchas, tiene los mismos problemas que ellas y adolece también de falta de comprensión por parte de todos los sectores sociales y políticos que componen el total de la colectividad.

¿Cómo, pues, trabajar compenetrados de la situación política, comprender las consignas del momento, la actividad sindical de todos y cada uno de los sindicatos a que cada cual pertenece? Esto es muy fácil, si al hablar con un compañero o discutir con él una consigna dejas de mirarle como C. N. T., U. G. T., comunista o socialista para no verle más que como un camarada que siente la guerra, que, equivocado o no en su apreciación del modo de resolver un problema, quiere ganar la guerra en breve plazo y a eso encamina su opinión, a sabiendas de que, al igual que tú, él ha de sacrificarse colaborando para ganarla, porque también comprende que si ésta se pierde, ni habrá conquistas, ni mejoras, ni libertades, ni revolución, pues todo esto se hace y se gana haciendo y ganando la guerra.

Hoy día la mayoría de la clase trabajadora sabe que andar por la acera es más cómodo y práctico que marchar por un camino; ¿a qué empeñarse en que se vaya por el camino, si se puede ir por una calle y por la acera? Y se verá que la mayoría se va por la acera y se irán diciendo: «No llegarán, pues por el camino se tropieza mucho y además se llena uno de polvo.»

Esto nos demuestra que se puede y debe guiar a la clase trabajadora, pero hay que saberla guiar y guiarla bien, porque si no... se va de la acera que les lleva a la unidad o los acerca más a ésta.

¿Quién, mejor dicho, qué partidos u organizaciones quieren la unidad en la fábrica? A demostrarlo quien lo desee, formando un Comité de enlace entre los distintos partidos y organizaciones de la fábrica, que no adolezca de los defectos más arriba expuestos y les anime la mejor voluntad.

¿Quién entorpece esta unidad, quién? ¿Quién no la quiere? No creo que en la fábrica, que ha demostrado sensatez en algunas cuestiones vitales para la misma, lo haya. Si lo hay, ése, ése, no es un proletario digno.

EDUARDO ROMERO

Ensayos

Aunque lo considero empresa demasiado fuerte para mis conocimientos, me voy a permitir hacer en estas líneas un ensayo sobre tema tan interesante como LA MORAL.

Moral se llama a todo lo que da reglas para dirigir acciones o costumbres humanas, siempre con miras a un bien general.

La moral nace de las relaciones que los hombres tienen entre sí y de los deberes que estas relaciones originan. Es un conocimiento de lo que deben hacer y evitar los seres racionales inteligentes que aspiren a vivir en sociedad.

La moral es la vida y salud de todos los pueblos. Comprended que una sociedad sin moral es como —valga la comparación— un cuerpo en estado de putrefacción, que todo lo envenena e infecta. Sin moral el mundo sería una comilona, en la que tendría mayor parte el más fuerte; no existirían leyes, y se estaría en continua guerra. El más poderoso aplastaría al débil, y el hombre sería víctima de los excesos a que su ciega imprudencia le abandona.

Esta moral podríamos dividirla en dos partes: Individual y social.

Nos ocuparemos de la individual, por ser la más importante. La moral individual tiene todo su significado en una sola frase, que data de antiguo: «Conócete a ti mismo.» El primer conocimiento del hombre, claro está, es conocerse a sí mismo. La experiencia de su ser es más precisa, más elocuente que todas las historias y libros.

Un sabio filósofo de la antigüedad, Pitágoras, decía a sus discípulos que todas las noches examinasen interiormente su conciencia y se preguntasen qué es lo que habían hecho para mejorarse y cultivar su inteligencia, y de este modo sabrían el valor que tenían, en suma, todos los actos de su vida.

Todo aquel que se estudia a sí mismo, conoce lo fuerte y lo débil de su naturaleza, sabe de qué ocasiones debe huir y qué pensamiento debe poner en práctica.

La educación física e intelectual es una de las bases de la moral individual.

Sensible es el desdén con que se mira en nuestro mundo el conocimiento de estas materias tan eficaces para la salud y el desarrollo del cuerpo humano. A cada paso tropezamos con seres que no tienen noción de las funciones que verifica su organismo, ni de las partes que lo constituyen.

Entre todos estos conocimientos tiene o debe tener preponderancia aquello que tiende a formar una conciencia recta y justa. Es preferible estar medianamente instruído, pero ser buen padre, buen hijo, buen ciudadano, a ser hombre muy instruído pero sin conciencia o que, envanecido de su saber, se atraiga el odio y la enemistad de sus semejantes. Todo hombre que toma estos caminos no debe figurar en el mundo racional.

¡Cuántos sabios por su talento han envilecido al mundo por su mala moral instructiva! ¡Y cuántos seres míseros han dado muestras de una moral elevadísima, aun sin conocimientos de ningún principio de las más sencillas letras!

LUIS PÉREZ

Noticias

A punto de entrar en máquina el presente número, recibimos un trabajo muy interesante de nuestro compañero Ignacio de Pano, en que sugiere a los compañeros de U. G. T. y J. S. U., una acción común en pro de la unión de los trabajadores. Por su interés, preferimos hacerle aparecer en nuestro periódico mural antes que esperar la publicación del próximo número de Hoy.

Para reunir en una sola sección a todos los compañeros de la fábrica que pertenecen al Socorro Rojo Internacional, acaba de constituirse un grupo de fábrica.

Este, que cuenta ya con 250 afiliados, lleva por nombre el del que fué buen camarada nuestro, Luis Díaz, muerto heroicamente en la lucha por la Libertad.

Organizado por el S. R. I. el DIA DE COMERCIAL DE HIERROS, el pasado día 10 distribuyó esta entidad 342 raciones de víveres entre los compañeros de la fábrica.

También por conducto de nuestro periódico deseamos hacer constar nuestro agradecimiento por esta simpática ayuda, que llevó un alivio a nuestros hogares.

Causas de fuerza mayor, que somos los primeros en lamentar, nos impiden insertar en este número el tercer artículo de las divulgaciones que bajo el título EL HIERRO viene desarrollando con gran amenidad e interés nuestro compañero Ricardo Romero Robles.

En el próximo número de Hoy reanudaremos su publicación, dedicándole mayor espacio que hasta ahora.

VISADO POR LA CENSURA

1936



ALDUS, Consejo Obrero - Castelló, 65

Ayuntamiento de Madrid